

DISCURSO DE INAUGURACION *

El tema de la Consulta: Formación de la Confesión de fe. Continuidad y renovación

Durante la consulta precedente en Sandbjerg en los meses de agosto y setiembre de 1982 la *Societas Oecumenica* decidió dedicar la tercera consulta al problema ecuménico de la confesión de fe: un tema muy amplio, pero de actualidad a causa del estudio de la *Comisión de Fe y Constitución*: «Hacia una expresión común de la fe apostólica hoy». El Dr. Juan Jorge Lin había presentado este proyecto en Sandbjerg y esta tarde él esbozará su evolución ulterior. La *Societas Oecumenica* quería ofrecer su propia contribución bajo su total responsabilidad y promover así la colaboración de sus miembros en este proyecto. Para garantizar la unidad y la coherencia de nuestra investigación el comité ejecutivo elaboró un documento preparatorio que servirá aún hoy de hilo conductor en nuestro trabajo de grupo. Somos conscientes, sin embargo, de que habrá un desfase entre el sueño inicial y su realización ulterior. En efecto, hemos dejado a los diferentes relatores libertad plena para elaborar su tema en el marco general del documento preparatorio.

En el proyecto queríamos subrayar especialmente la palabra «Hacia...», del proyecto de *Fe y Constitución*, al subrayar la palabra «Formación». La progresión de la investigación quiere ser histórica y hacer igualmente una reflexión sobre esta historia en función del Movimiento ecuménico y de la búsqueda de la unidad.

* Traducción del original francés por Rosa Herrera.

Continuamente han surgido en las Iglesias confesiones de fe. Tienen estatutos y formas diferentes. Pero la Iglesia ha necesitado siempre dar testimonio de su fe, por una parte vinculándose a la fe de los Apóstoles y de los padres en la fe (continuidad) y proclamando esta fe públicamente en una situación concreta (renovación). Esta actualización se realiza por la recepción de la tradición y la reformulación frente a las amenazas y la impugnación de esta fe. Hay que comenzar estudiando la formación de las confesiones de fe antiguas, el Símbolo de los Apóstoles, la fe de Nicea y de Constantinopla, que han sido igualmente estudiadas muy recientemente en una consulta de *Fe y Constitución* en Roma, publicada bajo el título *The Roots of our Common Faith*. Estos símbolos ocupan ciertamente un lugar privilegiado, aunque con estatutos diferentes en las diversas confesiones cristianas. Siguen siendo testigos venerables y de alguna manera normativas de la Iglesia primitiva, «no dividida», que por otra parte no escapa a una cierta idealización. El telescopio que es la historia de las cosas pasadas corre quizá el riesgo de acercarlos al tiempo de los Apóstoles más de lo que lo permiten los 250 a 300 años, que separan de hecho estos concilios del hecho inicial. Esta historia obliga a estudiar su nacimiento, su función inicial, y la evolución de la recepción en la Iglesia antigua y ulteriormente en las diferentes tradiciones cristianas. La actualidad de la problemática está igualmente determinada por el fenómeno de las «confesiones de fe» del tiempo de la Reforma y la tradición particular que éstas han creado, sobre todo en la tradición luterana, pero igualmente en toda la tradición protestante. Este fenómeno será estudiado en su aspecto de recepción de las confesiones de fe históricas de la Reforma y en el de la creación de nuevas expresiones, no sólo como testimonio privado, sino también como compromiso eclesial, comunitario, social e incluso político de una Iglesia particular y local. Asistimos aquí a una expansión, una multiplicación en la variedad de las situaciones concretas y de expresiones y lenguajes diferentes. No vemos cómo podríamos retroceder, cuando admitimos la legitimidad e incluso la necesidad de confesar existencialmente la fe en un mundo culturalmente pluralista y de expresarla en las diferentes lenguas del mundo. Lo que a algunos les parece la confusión y la dispersión de Babel podría muy bien ser en otra lectura la exigencia de Pentecostés, cuando oían anunciar las mara-

villas de Dios, cada uno en su propia lengua. La pluralidad lingüística y cultural está en el centro de los dos relatos. Es el corazón el que nota la diferencia: la *hybris* por una parte y la sumisión agradecida por otra.

El Movimiento ecuménico se dirige por definición a la restauración de la comunión visible y vivida existencial y sacramentalmente entre las Iglesias: es movimiento de reconciliación entre las Iglesias. Sólo lo será cuando todos se reen cuentren juntos, en comunión eclesial, en la fe constitutiva, la fe en Jesucristo —imagen personal de la bondad misericordiosa de Dios para los hombres, de la *φιλανθρωπία τοῦ θεοῦ*. «Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como vuestra vocación os ha llamado a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo: un solo Dios y padre de todos, que reina sobre todos, actúa por todos y permanece en todos» (Ef 4, 4-6). Esta unidad vivida en la fe tenderá siempre a expresarse en una comunión en signos y palabras: debe comunicarse, decirse... Pero he aquí que nos encontramos con todos los condicionamientos, particularidades y ambigüedades de la palabra, que impiden quizá comunicar adecuada y universalmente lo que se vive. Cada fórmula, cada confesión está condicionada y limitada histórica, cultural y confesionalmente. Por su nacimiento y por las vicisitudes de la recepción es la confesión de una Iglesia local, que vive en un contexto determinado. Así pues ¿es posible formular adecuadamente la unidad en la fe? ¿Es necesario hacerlo *conceptualmente*, de manera doctrinal? ¿Podemos escapar al proceso continuo de crítica y de reinterpretación?

En nuestra discusión del tema en el comité ejecutivo se plantearon algunas cuestiones que yo quisiera traer a vuestra consideración, pues pueden estimular nuestra reflexión.

En primer lugar, ¿no se debería dar mayor importancia a otras formas de confesión de fe, en las que la conceptualización estaría menos acentuada, p. ej. a la oración como confesión de fe, al «martirio», el testimonio por la vida y la muerte, como signo reconocible de la fe? Se duda al hablar de santidad de vida, porque la palabra «santidad» podría evocar connotaciones de una «justicia por las obras», de prestaciones y de ascetismo personal. Pero ¿la «nube de testigos» (Heb 12, 1) habría pasado? El linaje de testigos de la fe en los que el Señor opera, ¿se habría extinguido? ¿No sería posible dar mayor importancia a este testimonio de personas

que, en situaciones variadas, han vivido su fe y han llegado a ser profetas y signo del actuar de Dios, de las maravillas de Dios reconocibles y reconocidas?

Otro problema que podría muy bien volver a poner en cuestión toda la búsqueda de una confesión de fe común es la tensión creciente entre la doctrina de fe oficial tal y como es enseñada por el magisterio de la Iglesia y el contenido objetivo tal y como es recibido e interpretado por el fiel, es decir, la tensión entre la fe formulada en un cuerpo de doctrina siempre más complicada y la fe recibida en la vida, o más aún la tensión entre la *fides quae* propuesta y recibida. Más que en otro tiempo esta tensión es vivida conscientemente y se elige, sin desligarse por ello de la comunidad. Podría suceder que la búsqueda de una confesión de fe aceptada universalmente se haga en la primera mirada sin encontrar eco en una recepción vivida. ¿Cuál es el vínculo entre la eclesialidad fundamental de toda confesión de fe y su individualización más o menos consciente?

La última cuestión nace de un escepticismo, que desgraciadamente parece tener sus raíces en la experiencia ecuménica corriente. ¿Cuál es la importancia concreta de esta búsqueda de una confesión de fe común para la restauración de la comunión eclesial? Admitamos un momento que la *Comisión de Fe y Constitución* consiguiera formular la fe apostólica en una confesión de fe aceptable para todas las Iglesias ¿sería verdaderamente el momento del reconocimiento y la reconciliación? ¿O sería solamente el comienzo de un proceso *interminable* de críticas y de investigaciones teológicas, cada vez más sofisticadas y sutiles, cargadas en el fondo de desconfianza hacia los otros? La controversia teológica y la apologética confesional conocen el arte refinado de afinar sus instrumentos. «Para multiplicar los libros no hay límites...» [*Faciendi plures libros nullus est finis...* (Ecl 12, 12)]. Mientras esta búsqueda no esté dirigida por una gran confianza y fe en la fe de los otros cristianos el intento no podrá llevarse a cabo. El mayor obstáculo podría muy bien ser el «miedo» a comprometerse en la vía de la reconciliación activa, que se cubre aparentemente con un cuidado de ortodoxia intelectual, sin admitir que la reconciliación forma el corazón del Evangelio.

JOSE VERCRUYSSSE
Presidente de la Societas Oecumenica
Universidad Gregoriana, Roma